

*Mamita Yunai*  
*El infierno de las bananeras*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El subtítulo figura en algunas ediciones, pero ignoro quién lo añadió.

CARLOS LUIS FALLAS

# Mamita - Yunai



*dedico este libro a mis compañeros de trabajo:  
Los LINIEROS de la Zona  
Atlántica.*

EDITORIAL  
SOLEY Y VALVERDE  
SAN JOSÉ, C. R.  
1941

Primera edición de *Mamita-Yunai*, de Carlos Luis Fallas  
(Soley y Valverde, San José, Costa Rica, 1941).

*Dedico este libro a mis excompañeros de trabajo:  
Los «linieros» de la Zona Atlántica<sup>2</sup>.*

---

<sup>2</sup> La dedicatoria figura en la misma portada del libro en su primera edición. Desaparece en alguna edición reciente en Costa Rica.



Este libro fue escrito por un obrero para participar en el Concurso de la Mejor Novela Latinoamericana, de 1940. El jurado costarricense<sup>3</sup>, «por considerar que no se podía tomar en cuenta como novela», lo desechó.

---

<sup>3</sup> Fue un concurso convocado por la editorial estadounidense Farrar & Rinehart.



## Autobiografía<sup>4</sup>

Nací el 21 de enero de 1909, en un barrio humilde de la ciudad de Alajuela<sup>5</sup>. Por parte de mi madre soy de extracción campesina. Cuando yo tenía cuatro o cinco años de edad, mi madre contrajo matrimonio con un obrero zapatero, muy pobre, con el que tuvo seis hijas. Me crie, pues, en un hogar proletario.

Cursé los cinco años de la escuela primaria y luego dos de la enseñanza secundaria. Tuve que abandonar los estudios, fui aprendiz en los talleres de un ferrocarril y, a los dieciséis años, me trasladé a la provincia de Limón, en el litoral atlántico de mi país, feudo de la United Fruit Company, el poderoso trust norteamericano que extiende su imperio bananero a lo largo de todos los países del Caribe. En Puerto Limón trabajé como cargador, en los muelles. Después me interné por las inmensas y sombrías bananeras de la United, en las que por años hice vida de peón, de ayudante de albañil, de dinamitero, de tractorista, etc. Y allí fui ultrajado por los capataces, atacado por las fiebres, vejado en el hospital.

Andaba en los 22 años cuando regresé a Alajuela para ver morir a mi madre. Entusiasmado por las ideas revolu-

---

<sup>4</sup> Redactada en San José de Costa Rica en 1957, se incorpora en la edición mexicana de ese mismo año.

<sup>5</sup> Capital del cantón de igual nombre situada en el Valle Central a 22 kilómetros de San José.

cionarias y antiimperialistas que por ese entonces comenzaban a agitar al proletariado costarricense, ingresé al nascente movimiento obrero y, para poder vivir y luchar en las ciudades, aprendí en tres meses el oficio de zapatero, oficio que ejercí por largos años. Intervine en la organización de los primeros sindicatos alajuelenses y en la dirección de las primeras huelgas; fui a la cárcel varias veces; resulté herido en un sangriento choque de obreros con la policía, en 1933, y ese mismo año, con el pretexto de un discurso mío, los Tribunales me condenaron a un año de destierro en la costa atlántica, provincia de Limón. Allí, entre otras actividades revolucionarias, intervine en la organización de la Gran Huelga Bananera del Atlántico de 1934, que movilizó 15 000 trabajadores y que conmovería profundamente al país entero. Por mi participación en esta huelga fui encarcelado una vez más, me declaré en huelga de hambre y, gracias a la acción del pueblo, recobré la libertad. Fui electo por los obreros regidor municipal en 1942 y diputado al Congreso Nacional en 1944.

Me tocó improvisarme jefe militar de los mal armados batallones obreros que derramaron su sangre durante la guerra civil costarricense de 1948. Derrotados por las intrigas imperialistas y bajo la brutal y sangrienta represión que desataron nuestros enemigos, fui a la cárcel, estuve a punto de ser fusilado y me adobaron un proceso calumnioso e infamante, pero salvé la vida y recobré la libertad gracias a las protestas del pueblo y a la solidaridad internacional.

En mi vida de militante obrero, obligado muchas veces a hacer actas, redactar informes y a escribir artículos para la prensa obrera, mejoré mi ortografía y poco a poco fui aprendiendo a expresar con más claridad mi pensamiento. Pero, para la labor literaria, a la que soy aficionado, tengo muy mala preparación; no domino siquiera las más elementales reglas gramaticales del español, que es el único idioma que conozco, ni tengo tiempo ahora para dedicarlo a superar mis deficiencias.



Mi labor literaria es muy escasa, porque la mayor parte de mi tiempo lo dedico a la lucha por la total liberación de mi pequeña patria. En 1940, escribí *Mamita Yunai*, publicada en Costa Rica en 1941, y que pasó desapercibida por años, hasta que el soplo poderoso del gran poeta Pablo Neruda la echó a correr por el mundo: hasta el momento se ha editado en italiano, ruso, polaco, alemán, checo, eslovaco y rumano y pronto aparecerá también en búlgaro y en húngaro; se editó de nuevo en español en Chile, en 1949, y en Argentina, en 1955, donde actualmente se prepara su reedición. Y ahora esta edición mexicana que es la definitiva. En 1947, publiqué la novela *Gentes y gentecillas*, en una pésima edición que corregí luego pero que no he podido volver a editar. Ese mismo año escribí una novela y unos cuentos cortos, que me fueron robados y destruidos durante la represión de 1948. En 1952, publiqué aquí *Marcos Ramírez*, libro de aventuras infantiles traducido ya al francés, al alemán y al polaco (actualmente se prepara una nueva edición española, en Argentina). Y, en 1954, publiqué aquí *Mi madrina*, en un tomo que contiene dos novelas cortas y un cuento y que se tradujo y editó ya en Polonia. Y esto es todo hasta el momento.



## PARTE PRIMERA

# *Politiquería en el Tisingal de la leyenda*<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Nombre de unas fantásticas minas de esmeraldas que, inútilmente, buscaron los conquistadores españoles en la región de Talamanca. Indicó así las notas obra del propio autor, al final de las mismas. C. L. Fallas.

Este título aparece por primera vez en el mecanoscrito. El primer artículo de la serie publicada en *Trabajo* es del sábado 16 de marzo de 1940, pero no figura en la novela porque su función es la de una crónica inicial. Se copia a continuación:

«En todas las campañas políticas, el problema más serio para los partidos de oposición en la provincia del Atlántico ha sido la mesa electoral de Talamanca. A pesar de que esa Mesa siempre había fungido en Chasse, uno de los lugares más conocidos y accesibles de esa remota región, siempre les era sumamente difícil y peligroso a los fiscales de los partidos que no contaban con dinero ni con apoyo oficial, llegar hasta el mencionado lugar. A muchos de ellos, una vez llegados allá, se les hacía regresar atemorizándolos mañosamente o eran eliminados en el transcurso de las votaciones. Pero aun en el caso de que se les dejara actuar, su labor, en definitiva, resultaba inútil.

Talamanca es una región poblada de indios en su mayor parte analfabetos que casi no hablan el español y hacen una vida primitiva y miserable. Viven agrupados en rancheríos cerca de las márgenes de los diferentes y caudalosos ríos o en el corazón de la montaña.

El Agente de Policía es el amo y señor de la región y ejerce un control absoluto sobre las indiadas a través de los pocos indios que saben leer y escribir, que hablan bien el español o son un poco más despiertos que los demás. También se sirve para esto de los escasísimos “castellanos” —ticos y chiricanos— que habiéndose amancebado con indias se han radicado definitivamente en la región. Con estos últimos se había integrado siempre la

---

Junta Electoral de Chasse y, entre ellos, el Agente de Policía y sus secuaces indígenas, se elaboraban las clásicas votaciones de Talamanca. De nada valían las protestas de los pobres fiscales que por casualidad podían actuar y los fraudes más asquerosos se cometían con toda tranquilidad.

Cuando nosotros supimos que había sido suprimida la Mesa Electoral de Chasse y que en su lugar se habían creado dos, una Principal en Amure y otra Auxiliar en Sixaola sospechamos que se trataba de una maniobra para facilitar un fraude en mayor escala y mejor disimulado. Fui a la Gobernación a pedir detalles sobre el asunto, y así pude averiguar que la Mesa de Amure tenía doscientos y pico de sufragantes y la de Sixaola cincuenta. En otras palabras, que estaban asegurados alrededor de trescientos forros para el Partido Oficial. Me enteré además de que como secretario de la Junta de Amure figuraba un joven empleado de la ciudad (Limón) hijo segundo del comandante don Romualdo Rodríguez, activo y entusiasta propagandista del calderonismo. Los otros elementos me eran desconocidos a excepción de Alfredo Swaby, jamaicano radicado allá hacía muchos años.

El señor gobernador trató de justificar la creación de esta Mesa con la conveniencia de los pobres indios, pero no supo o no quiso decirme el lugar preciso en que funcionarían la Mesa de Amure. En resumidas cuentas, si queríamos fiscalizar esa Mesa teníamos que ir a buscar a las montañas de Talamanca.

Me reuní con el Comité Seccional de Limón para discutir el problema y tomar las medidas necesarias. Acordamos enviar un fiscal a Sixaola y encargarme a mí personalmente de ir a buscar la Mesa de Amure e impedir, hasta donde fuera posible, el chorreo que tenían proyectado. Esto último debía de quedar en el mayor secreto para evitar que el calderonismo, con alguna maniobra tratara de obstaculizar mi viaje a Talamanca.

Yo contaba con la ventaja de haber actuado como fiscal del partido en Chasse hacía seis años, y conocía “de cara” por lo menos a los “castellanos” de Talamanca, a algunos indios y sobre todo al actual Agente de Policía don Nefalí Valverde y todas sus habilidades, ya que en aquel entonces actuó como presidente de la Junta Electoral. Valverde me conocía bien, y sabía en qué forma había impedido yo el chorreo en las elecciones en que actuamos juntos. Si se enteraba de que yo iba a ir a Amure, tomaría medidas y cambiaría de táctica para forrear. No dejaba de suponer yo, conociendo como conocía a Valverde, que sería difícil encontrar la tal mesa y, sobre todo, encontrar la forma de llegar hasta donde estaba, ya que el único medio de moverse a través de esa región es el de los botes y cayucos y estos serían controlados por el Agente de Policía para impedir la llegada de nuestro fiscal, sin contar con las dificultades para la comida y el alojamiento. A pesar de todo decidí correr la aventura».

El jueves 8 de febrero, a las seis de la mañana, estaba yo acomodándome en el tren local de La Estrella<sup>8</sup>. Por todo equipaje llevaba dos bolsas de papel de las de a diez céntimos, y, dentro de ellas, ropa interior<sup>9</sup>, un foco<sup>10</sup>, una cajita con la máquina de afeitar, un paquete de cigarrillos, el cepillo y la pasta; además, y bien envueltas, mis credenciales de fiscal y mi cédula de identidad, una Ley de Elecciones y unos cuantos folletos y hojas sueltas.

Habiéndome agenciado con un compañero una *jacket*<sup>11</sup> de cuero amarillo, completé la indumentaria para el viaje con un pantalón viejo, unos zapatos<sup>12</sup> turrialba<sup>13</sup> reforzados con buena media suela y un sombrero de paja de los de

<sup>7</sup> En P empieza aquí el capítulo II que se titula «Camino a La Estrella».

<sup>8</sup> La Estrella es una población de la provincia de Limón, al este de Costa Rica.

<sup>9</sup> En P y M: «un vestido interior».

<sup>10</sup> Linterna eléctrica, C. L. Fallas.

<sup>11</sup> Chaqueta, también en América «saco».

<sup>12</sup> En M y P: «zapatones».

<sup>13</sup> Calzado fuerte, de dos piezas y de un estilo especial, cuya fabricación se inició en la ciudad de Turrialba (nota de C. L. Fallas). Calzado impermeable tipo media bota de cuero, introducido por el zapatero francés Augusto Rivel (1878-1959) inspirándose en el calzado del ejército inglés. Turrialba es una ciudad del distrito costarricense de Cartago, que cobró importancia con el ferrocarril bananero.

a veinte reales. No llevaba armas de ninguna clase y disponía de dieciocho colones<sup>14</sup> para todo el viaje.

Después de acomodar los pies en el asiento del frente, comencé a examinar a mis compañeros de viaje. El tren iba repleto de pasajeros que se apiñaban hasta en los balcones de los carros<sup>15</sup>. La mayor parte del pasaje se componía de elementos jóvenes de la raza de color. En uno de los asientos de adelante, el hijo de un finquero y el empleado de un comisariato<sup>16</sup> flirteaban con dos guapas negritas que iban sentadas frente a ellos. Reían ellas de las insinuaciones maliciosas de los muchachos, y al hacerlo ponían al descubierto sus bien conservadas y blancas dentaduras. Lucían traje de hombre: pantalón «baloon»<sup>17</sup> y saquitos<sup>18</sup> de tela blanca, bien engomados y aplanchados<sup>19</sup>. Con sus zapatos blancos de tacón bajo; con sus camisas de cuello abierto, de seda roja la una y azul la otra, y con sus diminutos sombrerillos de fieltro caídos<sup>20</sup> sobre una de las cejas, llamaban la atención. En un rincón, una familia atendía al padre enfermo, posiblemente recién salido del hospital. Abundan las madamas<sup>21</sup> de grandes sombreros y carnes exuberantes.

En medio de un maremágnum de inglés y español<sup>22</sup> comenzó el desfile de las estacioncillas: Beverly, La Bomba,

---

<sup>14</sup> El colón es la moneda oficial de Costa Rica.

<sup>15</sup> Las plataformas de los vagones.

<sup>16</sup> Expendios de mercaderías y licores, propiedad de la United Fruit en las bananeras, C. L. Fallas.

<sup>17</sup> Pantalón que se ensancha en la zona central superior para luego volver a estrecharse mientras alcanza los tobillos.

<sup>18</sup> Chaquetas.

<sup>19</sup> M invierte el orden de los adjetivos.

<sup>20</sup> M añade: con coquetería.

<sup>21</sup> Mujeres que regentan un prostíbulo. C. L. Fallas las define, en cambio, como «Mujer ya entrada en años y de raza negra».

<sup>22</sup> En la costa atlántica del país no es raro encontrar emigrantes de las aún colonias británicas quienes, movidos por la pobreza, se han instalado históricamente en el continente, especialmente en Costa Rica o Panamá. Tam-

Bananito...<sup>23</sup>. En todas el mismo trajín de carga y descarga de mercadería y de bajar y subir de pasajeros. Gentes que se acercaban a ofrecer a los comerciantes que viajaban en el tren, cerdos, gallinas, verduras y frutas. Tratos hechos a la carrera y que quedaban para finalizar en la tarde, con el regreso del tren.

Las dos negritas vestidas de hombre bajaban apresuradamente en todas las estaciones a hacer ofertas y regatear precios. Por las muestras de afecto con que eran recibidas en todas partes, deduje que se dedicaban al comercio y que, posiblemente, hacían con frecuencia el viaje de ida y vuelta a La Estrella.

Nuevas<sup>24</sup> paradas y nuevas arrancadas, bruscas, como las de todo tren de la United que no lleva turistas<sup>25</sup>. Avanzába-

---

bién hay que tener en cuenta a los empleados norteamericanos del ferrocarril y las plantaciones. Todo ello explica que se escuchen palabras en lengua inglesa.

<sup>23</sup> Poblaciones y caseríos del Valle de la Estrella.

<sup>24</sup> En P comienza un apartado con título «Un arrepetido».

<sup>25</sup> En P sigue: «Y mientras el local se arrastraba hacia La Estrella trataba de decidirme por el camino a seguir para llegar a Talamanca: si me quedaba en Pensorth me encontraría una andada de casi diez y seis millas aprovechando el tractor que entra hasta Home Creek pero de ese lugar en adelante no conocía el camino y tenía que atravesar las montañas para llegar a Olivia y luego, por la línea del ferrocarril de Sixalooa seguir hasta Chasse. En cambio, siguiendo hasta Pandora, tenía la ventaja de conocer la picada por haberla recorrido dos veces allá por el año 34. Yo sabía esta era la ruta más grosera y más dilatada para llegar a Chasse y por eso no me resolvía a adoptarla definitivamente. Mientras trataba de resolver el problema, aduje que alguien me ponía la mano en el hombro al mismo tiempo que me decía: // —Hola, amigo. ¿Cómo cree Ud. que nos irá en esta? // Inmediatamente, y por el “nos” de la pregunta, entendí que se trataba de un camarada y que se refería al resultado de las elecciones que estaba por verificarse. Me quedé extrañado al volverme para contestar al saludo; no se trataba de un camarada sino de un finquero acomodado de La Estrella que siempre había sido un acérrimo enemigo de nuestro partido. // Por llevarle la corriente contesté que esperábamos salir mejor que otras veces, siempre que lográramos controlar aunque fuera en parte, los grandes chanchullos que nos tenía preparados. // —Sí, eso es lo

mos rápidamente, y en el aire, sobre la línea, iba quedando la estela negra del humo de la locomotora... Más puebluchos... Negros a la orilla de la línea. Comisariatos de la Compañía atestados de borrachos.

---

difícil —interrumpió él—. Ahora mismo, en este tren, venían unos cuantos empleados de Limón que se han ido quedando en los lugares en donde hay Mesas Electorales. En este otro carro viene Amaro con dos o tres más y posiblemente ese se quede en Bonifacio. ¿A qué cree Ud. que los han mandado? // —Pues a lo de siempre —le contesté yo—. A preparar el sancocho electoral. ¡Qué le vamos a hacer! // Hay que ver qué se hace con estas Mesas, me dijo. ¿Ud. va para Talamanca? // Me apresuré a decirle que no mandaríamos a nadie porque era tiempo perdido. Yo necesitaba ir a Home Creek a darles instrucciones a los muchachos y regresaría por la noche. Si encontraba una bananera, muy bien, y si no haría la vuelta hasta Limón a pie. // —No hay necesidad de que haga semejante jornada, me dijo. A las cinco y media de la mañana sale una bananera y lleva un carro para pasajeros. Mientras conversábamos, pasaba y repasaba por el carro el detective de la compañía. Señalándonos despectivamente con un gesto de la boca y bajando la voz mi interlocutor me dijo: —Por si no lo sabe ahí detrás viene otro detective de Limón como con cinco guardas fiscales. // Yo tenía la seguridad de que nadie se había enterado de mi viaje a Talamanca y por lo tanto era muy difícil que estuvieran preparando una treta para impedir mi partida. —Hay muchos de estos —agregó— que en cuanto se ven en un puestecillo de esos ya creen que pueden mirar a todo el mundo por encima del hombro. // —Sí, le dije yo por meterle una puya. Son como los que se hacen de dinero y creen que han dejado de pertenecer al pueblo. // —Y qué equivocado que se encuentra uno —dijo él cogiendo la indirecta al vuelo—. Ud. sabe que yo tengo una bonita finca en La Estrella y he pasado y paso, para muchos, como el hombre rico. Pues bien, estoy completamente arruinado: mantenía en la finca a cuarenta peones: ahora me he quedado con cuatro y ya no puedo sostener. Le pagaba una casa de cien pesos a mi familia en el puerto, y tuve que pasarla a una de cincuenta. A pesar de eso creo que tendré que traérmela para la finca y mis ocho chiquillos se quedarán sin escuela. // Hablaba como un hombre vencido por la desesperanza. Para darle ánimo le hablé de un posible cambio de situación en la zona. // —No —exclamó—, no hay esperanza. La UNITED está empeñada en que se abandone esta región; el banano que se pone en las plataformas es rechazado casi todo y el cacao lo quieren regalado. En estos momentos estoy debiendo casi doce mil colones. ¿Cuándo y con qué los voy a pagar? Quise organizar a los pequeños productores para defendernos y fracasé; en Limón todo el mundo



El tren se detuvo en Pensorth<sup>26</sup> casi al mediodía. Bajé a «sondear» el terreno y me encontré con un compañero que estaba vendiendo tiliches<sup>27</sup>. Rápidamente lo puse al tanto de mi misión:

—Voy pa'<sup>28</sup> Talamanca —le dije—. Tengo que actuar como fiscal del Bloque de Obreros y Campesinos<sup>29</sup> en la mesa electoral de Amure<sup>30</sup>. Yo no sé dónde queda ese lugar, pero tengo qu'estar<sup>31</sup> allí el domingo... ¡Tres días pa' encontrarlo, compañero!... No quiero que se sepa en qué ando, pues temo que las autoridades m'impidan el viaje... ¿Cuál camino te parece mejor? Yo fui hace seis años a Talamanca, con el finao Antonio, pero entonces ponían la mesa<sup>32</sup> en Chasse<sup>33</sup>... Esa vez hicimos el viaje por Pandora<sup>34</sup>... ¿Qué decís vos?<sup>35</sup>

—Hombré —contestó el compañero un poco pensativo— yo ti'aconsejo<sup>36</sup> que hagás el viaje por aquí. Todos

---

está al servicio de la compañía y el gobierno no se acuerda de nosotros. Si el pueblo abriera los ojos otro gallo nos cantara, pero por desgracia el pueblo está muy dormido todavía. // —No crea —le dije—, tal vez eso esté más cerca de lo que Ud. crea. // Se despidió con un fuerte apretón de mano y ya al abandonar el tren se volvió para decirme: —Cuenten conmigo en todo aquello que les pueda ser útil. // El tren se detuvo en Pensorth...».

<sup>26</sup> Pensorth o Penschurst es una población al sur de Limón, en la línea de ferrocarril paralela a la costa atlántica.

<sup>27</sup> Baratijas.

<sup>28</sup> El personaje habla en una lengua relajada, que el autor busca representar de distintas formas, con la coma elevada que significa elisión, con la no escritura de la «d» intervocálica, marcando la insistencia en la sílaba final de la exclamación con una tilde, etc. Este párrafo no aparece en P.

<sup>29</sup> Partido político de izquierda, tapadera del Partido Comunista.

<sup>30</sup> Caserío del cantón de Talamanca en el distrito de Bratsi.

<sup>31</sup> M: que estar.

<sup>32</sup> M: la mesa la ponían.

<sup>33</sup> Barrio del distrito de Bratsi, en Talamanca.

<sup>34</sup> Pueblo en la provincia de Limón.

<sup>35</sup> El voseo, que no es exclusivo de la Argentina según se suele decir, es habitual en distintas zonas de Costa Rica.

<sup>36</sup> M: te aconsejo. En P en lugar de «Hombré» dice «Mirá, yo te aconsejo...».

esos «morenos» que venían en el tren van pal'otro lao, con el propósito'e<sup>37</sup> cruzar la frontera, atraídos por los trabajos del Canal<sup>38</sup>, podés aprovechar el tractor que sale dentro de una hora y media, y después hacés con ellos el trayecto hasta Olivia<sup>39</sup>.

Resolví quedarme para viajar con los negritos y me dediqué a despistar a los que tuvieran interés en saber<sup>40</sup> qué era lo que andaba haciendo yo.

Con una persona de confianza cambié los colones por dólares, ya que en Talamanca no corre la moneda nacional, y al ver reducido mi dinero a tres dólares más treinta céntimos de colón, decidí echarle<sup>41</sup> unos cuantos nudos al estómago<sup>42</sup>.

La gente, negros en su mayoría, se aglomeraba en el Comisariato de la Frutera<sup>43</sup>, así como en las improvisadas ventas de verduras y de tiliches y en las carnicerías instaladas al aire libre.

Cuando menos lo deseaba me encontré con el Agente de Policía del lugar<sup>44</sup>, que me saludó con un «Idiay<sup>45</sup>, ¿es cierto que vas pa' Talamanca?».

——¡Vos crés qu'estoy loco!<sup>46</sup> —le contesté<sup>47</sup>—. Pensaba regresar' hora mismo, pero acabo'e saber qui'ustedes tie-

---

<sup>37</sup> M: propósito de.

<sup>38</sup> Van a buscar trabajo en el Canal de Panamá.

<sup>39</sup> Pueblo en la provincia de Limón, en el interior. En P se inicia un apartado titulado «Amigos peligrosos».

<sup>40</sup> M: de saber.

<sup>41</sup> M: me decidí a echarle.

<sup>42</sup> Hizo el propósito de comer lo menos posible.

<sup>43</sup> De la compañía frutera.

<sup>44</sup> En M no figura «del lugar».

<sup>45</sup> El *Diccionario de americanismos*, de la Asociación de Academias de la Lengua Española (2010), considera que es apócope de «y de ahí» y que, o bien expresa asombro o sorpresa, o bien se usa para exhortar al interlocutor a que continúe lo que iba diciendo. En esta novela estimo, sin embargo, que se usa simplemente como llamada de atención.

<sup>46</sup> M: que estoy.

<sup>47</sup> M: le contesté yo.

nen baile<sup>48</sup> esta noche y quiero quedarme a bailar con las muchachas del Partido Oficial<sup>49</sup>.

Y mientras me tomaba una cerveza que me obsequió, él me decía:

—Vos me conocés hace mucho tiempo. Yo soy un rebelde y nunca he querido a estos carajos<sup>50</sup>. Solo la tiesura pudo obligarme a servirles en este puesto, pero te prometo ayudar en todo lo que pueda.

Le di las gracias, mientras para mis adentros me decía: «¡Callate, pécora, precisamente porque te conozco te tengo desconfianza!».

Regresó el tren, y, después que hubo partido para Limón, cogí mis bolsas, conversé con unos cuantos sobre mi regreso en el tren de la mañana siguiente, y con disimulo me escurrí entre los carros. A los pocos instantes estaba en el hermoso puente colgante que se tiende sobre el ancho río. Cuando llegué al caserío, punto de partida del tractor, ya los carros de plataforma estaban atestados de gente de color entre la que se entreveraban algunos blancos. Supe que tendríamos que esperar el tractor y como tenía interés en que no me vieran demasiado, dispuse hacerlo a la sombra de un naranjo; puse las bolsas de almohada y, recordando<sup>51</sup> que no había comido nada, resolví descabezar un sueñito, por aquello de que el sueño alimenta y sale más barato que la comida...<sup>52</sup>.

Finalizaba<sup>53</sup> ya la campaña electoral y faltaban tres días para las votaciones. Yo era militante de la Sección de Li-

---

<sup>48</sup> M: acabo de saber que ustedes.

<sup>49</sup> En P: «...bailar con las calderonistas».

<sup>50</sup> Funalejos. Tales por cuales (C. L. Fallas).

<sup>51</sup> M: acordándome.

<sup>52</sup> En M se hace aquí una división, marcada por tres asteriscos, correspondiente al final de la segunda crónica periodística. Algunas ediciones mantienen estas divisiones totalmente innecesarias desde el punto de vista novelesco.

<sup>53</sup> En P empieza el capítulo III y el apartado «El convoy», con una serie de párrafos tomados de la primera crónica del periódico que hemos copiado en nota.

món del Bloque de Obreros y Campesinos, único partido de oposición que participaba en la lid. A pesar de ser una agrupación pobre, contábamos con la posibilidad de elegir munícipes en el cantón central de la provincia, siempre que pudiéramos controlar la votación de Talamanca.

En todas las campañas políticas el problema más serio para los partidos de oposición, en la Provincia del Atlántico, lo ha sido la mesa electoral de Talamanca. A pesar de que esa mesa siempre había funcionado en Chasse, uno de los lugares más conocidos y accesibles de esa remota región, siempre les era sumamente difícil y peligroso a los fiscales de los partidos, que no contaban con dinero ni apoyo oficial para llegar hasta el mencionado lugar. A muchos de ellos, una vez llegados allá, se les hacía regresar atemorizándolos mañosamente, o eran eliminados en el transcurso de las votaciones.

Talamanca es una región poblada de indios, en su mayor parte analfabetos, que casi no hablan español y que hacen una vida primitiva y miserable<sup>54</sup>. Viven agrupados en rancheríos cerca de las márgenes de los diferentes y caudalosos ríos o el corazón de la montaña.

El Agente de Policía es el amo y señor de la región y ejerce un control absoluto sobre las indiadas a través de los pocos indios que saben leer y escribir, que hablan bien el español o son un poco más despiertos que los demás. También se sirve para esto de los escasísimos castellanos<sup>55</sup> (ticos y chiricanos) que habiéndose amancebado con indias se han radicado definitivamente en la región. Con estos últimos se había integrado siempre la Junta Electoral de Chasse y, entre ellos, el Agente de Policía y sus secuaces indíge-

---

<sup>54</sup> En Talamanca vive una gran cantidad de indígenas, no siempre bien censados. Suelen hablar más la lengua bribri, la lengua prehispánica dominante, que español.

<sup>55</sup> Personas de lengua española, blancos o mestizos. «Ticos», costarricenses, y «chiricanos», nicaragüenses.

nas, se elaboraban las clásicas elecciones de Talamanca. De nada valían las protestas de los pobres fiscales que por casualidad podían actuar, y los fraudes más asquerosos se cometían con toda tranquilidad.

Cuando nosotros supimos que había sido suprimida la mesa electoral de Chasse y que en su lugar se habían creado dos, una en Sixaola<sup>56</sup> y otra en Amure, sospechamos que se trataba de una maniobra para facilitar un fraude en mayor escala y mejor disimulado. Fuimos a la Gobernación a pedir informes y pudimos averiguar que la mesa de Amure tenía doscientos y pico de sufragantes<sup>57</sup> y la de Sixaola cincuenta. En otras palabras, que estaban asegurados alrededor de trescientos forros para el Partido Oficial. El gobernador no quiso decirnos el lugar preciso en que funcionaría la mesa de Amure. En resumidas cuentas, si queríamos fiscalizar esa mesa teníamos que ir a buscarla a las montañas de Talamanca.

Me reuní con el Comité Seccional de mi partido para discutir el problema y tomar las medidas necesarias. Acordamos enviar un fiscal a Sixaola y encargarme a mí personalmente de ir a buscar la mesa de Amure e impedir, hasta donde eso fuera posible, el fraude que tenían proyectado. Esto debía quedar en el mayor secreto, para evitar que el Partido Oficial obstaculizara mi viaje a Talamanca.

Yo contaba con la ventaja de haber actuado como fiscal de mi Partido en Chasse, hacía seis años, y conocía de cara, por lo menos, a los *castellanos* de Talamanca, y sobre todo al Agente de Policía, Leví Montealegre<sup>58</sup>, ya que en aquel entonces actuó como presidente de la Junta Electoral. No dejaba de suponer, conociendo como conocía a Montealegre, que sería difícil encontrar la tal mesa y sobre todo encontrar la forma de llegar hasta donde estaba. El único me-

---

<sup>56</sup> Sixaola es nombre del río y de la ciudad fronteriza con Panamá.

<sup>57</sup> Votantes.

<sup>58</sup> En P: «Neftalí Valverde». El nombre del agente Leví era Neftalí en P.

dio de moverse a través de esa región es el de los botes y cayucos y estos serían controlados por el Agente de Policía para impedir la llegada nuestra, sin contar con las dificultades para la comida y el alojamiento. A pesar de todo había que correr la aventura<sup>59</sup>.

Me despertó el estridente pitar del tractor que anunciaba la salida, y medio atarantado<sup>60</sup> todavía corrí a coger campo en el convoy.

En todos los carros había un desordenado hacinamiento de cajas y valijas, de bolsas y maletas de todas clases y dimensiones. Los hombres, que más que hombres parecían demonios negros y musculosos brillando bajo el sol, sentados en las orillas con los pies colgando, o de pie, apoyándose los unos contra los otros, gesticulaban y discutían a grandes voces. Las negritas, acomodadas ya sobre las cajas y las escasísimas banquetas, le daban alegría y colorido al abigarraído conjunto con sus risas y sus cantos, con sus trajes de colores fuertes y variados y con sus floreadas sombrillas abiertas contra el sol. Contemplado de lejos, el convoy debía dar la impresión de un extravagante desfile de carnaval, del que se alzaba un sordo rumor de fiesta bárbara y salvaje.

Partimos hacia Home-Creek en medio de una algarabía de los once mil diablos. Yo era el único blanco que viajaba en el carro y, como no entiendo inglés, no podía ni siquiera entretenerme orejeando<sup>61</sup> lo que animadamente conversaba un grupo de negritas sentadas en unos cajones, en el centro de la plataforma.

Desfile interminable de cuadros<sup>62</sup> de banano, descuidados casi todos; manchas de guabos, ranchos perdidos. De vez en cuando, casillas de madera con unas negras sentadas en el corredor o tiradas en las hamacas, que levantaban pe-

---

<sup>59</sup> Aquí terminan los párrafos de la primera crónica.

<sup>60</sup> Atontado.

<sup>61</sup> Escuchando indiscretamente.

<sup>62</sup> Distribución de las plantaciones.

rezosamente la cabeza para contestar los saludos gritados desde los carros. Paradas rápidas para desembarcar la gente que, con sus bolsas colgando y sus paquetes en la cabeza, se internaba luego por entre los banales hacia los campamentos lejanos.

En las curvas prolongadas, los muchachos, en un peligroso alarde de habilidad, se tiraban de los carros y, corriendo por la accidentada orilla, de un salto se encaramaban en otros, provocando la confusión y las protestas joviales de las mujeres que los recibían con pellizcos y empujones.

Se hacía tarde y una de las negritas de mi carro sacó, de debajo de unos chunches, una palangana tapada con hojas de banano en la que guardaba el sontín<sup>63</sup>: arroz con bacalao, esponjados pedazos de yuca y grandes pedazos de ñame<sup>64</sup>. La palangana daba vueltas rápidamente de regazo en regazo animando la charla de las mujeres. Yo, que obsesionado seguía su trayectoria, gustosamente hubiera tomado parte en el humilde festín, a pesar de su penetrante olor a aceite de coco.

Saciado<sup>65</sup> el apetito, convidaron a los muchachos que iban sentados en la parte delantera del carro, y al volverse uno de ellos nos reconocimos mutuamente. Se llamaba Chico y era un negro criollo a quien había conocido en el puerto hacía ya bastante tiempo, por lo que me le senté a la par con ganas de entablar conversación. Me contó que hacía mucho tiempo que trabajaba en Home-Creek<sup>66</sup>, pero que, como estaba malo el trabajo, no esperaba sino una platilla<sup>67</sup> para comprar cédula panameña de identidad y entonces se iría a trabajar al Canal.

---

<sup>63</sup> (Del inglés *some time*): Comida, C. L. Fallas.

<sup>64</sup> Tubérculo comestible.

<sup>65</sup> En P se inicia un apartado titulado «Sin patria y sin pan».

<sup>66</sup> Poblado en el cantón de Cahuita.

<sup>67</sup> Un poco de dinero con el que comprar una documentación falsa o robada.